



**RIDAA**  
Repositorio Institucional  
Digital de Acceso Abierto de la  
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad  
Nacional  
de Quilmes

Halperín Donghi, Tulio

# Alberdi por Alberdi : la dimensión autobiográfica en los Escritos póstumos



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.  
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

*Cita recomendada:*

*Halperin Donghi, T. (2004). Alberdi por Alberdi: la dimensión autobiográfica en los Escritos póstumos. Prismas, 8(8), 9-32. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2338>*

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

# *Alberdi por Alberdi: la dimensión autobiográfica en los Escritos póstumos\**

Tulio Halperin Donghi

University of Berkeley

¿La dimensión autobiográfica presente en los *Escritos póstumos* de Alberdi merece atraer la atención del estudioso? Hay algo que invita a dudarlo: tanto Adolfo Prieto, que en 1962 exploró por primera vez de modo sistemático la literatura autobiográfica argentina en su libro de ese título, como varias décadas más tarde Sylvia Molloy en *Acto de presencia* no sólo no aluden más que marginalmente a los textos autobiográficos que debemos a la pluma de Alberdi, sino que dedican lo esencial de sus breves comentarios a señalar que quien los lea no encontrará en ellos todo lo que su autor había prometido. Así, Prieto subraya la ausencia en ellos de “la menor efusión emotiva, [el] menor abandono que permita descubrir al niño, al adolescente, al hombre enfrentado con la familia y el ambiente”,<sup>1</sup> mientras Molloy por su parte señala que el texto alberdiano “comienza con una promesa de intimidad que de ningún modo cumple su relato”.<sup>2</sup>

Si ambos creen necesario subrayar ese rasgo es porque la noción que uno y otra hacen suya de los caracteres propios de la literatura autobiográfica hace difícil encuadrar plenamente dentro de ella escritos afectados por la carencia que ambos señalan en los que Alberdi presenta como tales. Para Prieto la actitud autobiográfica sólo puede surgir cuando la relación entre conciencia común y conciencia individual ha adquirido una dimensión problemática; invocando a Erich Fromm, agrega que ello ocurrió cuando la disolución del orden medieval hizo posible el surgimiento de “la conciencia del propio yo individual, del yo ajeno y del mundo como entidades separadas”, y ocurre que los textos de Alberdi parecen más decididos a velar que a revelar tanto el perfil de su “propio yo individual” cuanto su modo específico de relacionarse con el mundo.

La perspectiva adoptada por Prieto está marcada por el *Zeitgeist* de una época aún cercana y sin embargo tan distante en que se depositaba una fe muy firme en la capacidad explicativa de las grandes narrativas históricas; esa perspectiva hace de antemano esperable que la

\* En las notas entre corchetes intercaladas en el texto a continuación de las citas de Alberdi, los números romanos son los del tomo correspondiente de los *Escritos póstumos* y los arábigos los de la página o páginas de las que proviene la cita.

<sup>1</sup> Adolfo Prieto, *La literatura autobiográfica argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 2003 [1962], p. 54.

<sup>2</sup> Sylvia Molloy, *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, México, El Colegio de México/FCE, 1996, p. 121.

exploración del vínculo entre conciencia común y conciencia individual sea vista sobre todo como la de las transformaciones que experimenta esa “conciencia común” a lo largo del tiempo, tal como ellas se reflejan en las conciencias individuales. Y en efecto la opción de Prieto en favor de esa ruta de abordaje a su tema se refleja no sólo en su señalamiento de que “el conjunto de los textos autobiográficos consultados trasunta los efectos de enorme peso con que lo social agobia los destinos individuales, y la preponderancia que los hechos de la vida colectiva adquieren sobre la vida interior de los autores”, sino aun más nítidamente en la conclusión según la cual, de continuarse para tiempos más recientes la exploración por él emprendida, “puede asegurarse que el aporte de nuevos testimonios y una adecuada perspectiva temporal para el análisis permitirán disponer de un valioso registro del proceso social contemporáneo”.<sup>3</sup>

El disiparse del clima colectivo reflejado en el libro de Prieto –que en cuanto al análisis de textos autobiográficos iba a hacer que el acento se trasladara progresivamente del proceso social del que éstos dan testimonio a ese testimonio mismo– ha modificado menos de lo que hubiera quizá podido esperarse las nociones centrales a su planteo; cuando en una obra que –como es el caso de la de Molloy– ha madurado en un marco ya profundamente transformado leemos pasajes como el siguiente:

Si por una parte esta combinación de lo individual y lo comunitario restringe el análisis del yo, tan a menudo asociado con la autobiografía [...] por otra parte tiene la ventaja de captar la tensión entre el yo y el otro, de fomentar la reflexión sobre el lugar cambiante del sujeto dentro de su comunidad. [...] Aun en los casos que parecen favorecer a uno de los polos de esta oscilación entre sujeto y comunidad, excluyendo en apariencia al otro [...] aun estos casos permiten, quizá sin sospecharlo, que exista esa tensión,<sup>4</sup>

percibimos con igual claridad lo que en su planteo avanza sobre el de la propuesta de Prieto y lo que en él viene a continuarlo.

Advertimos en suma que lo que diferencia a Molloy de Prieto no es que aquélla ignore “la preponderancia que los hechos de la vida colectiva adquieren sobre la vida interior de los autores”, o “el enorme peso con que lo social agobia los destinos individuales”, sino que busque en los textos autobiográficos, antes que una corroboración de que ese peso es en efecto enorme, un testimonio acerca del modo peculiar en que el autor de cada uno de ellos procuró elaborar la experiencia casi nunca grata de soportarlo. Hay a la vez algo que –dado el clima de ideas y sensibilidad en que surgió la obra de Molloy– hubiera podido también diferenciar su enfoque del de Prieto, y sin embargo no lo hace: aunque el subtítulo da como su tema “la escritura autobiográfica argentina”, también para ella la escritura sirve como camino de acceso a quien la ha escrito, y (consecuencia menor pero aun así significativa) también ella encuentra lícito emprender complementariamente ese camino a partir de algún texto no estrictamente autobiográfico.<sup>5</sup>

<sup>3</sup> Adolfo Prieto, *La literatura autobiográfica...*, cit., p. 229.

<sup>4</sup> Sylvia Molloy, *Acto de presencia...*, cit., p. 20.

<sup>5</sup> En cuanto a lo primero, considérese el minucioso y ciertamente poco favorecido perfil de Mariano Picón Salas que traza Molloy a partir de sus textos autobiográficos (Molloy, *Acto de presencia...*, cit., pp. 146-168); en cuanto a lo segundo, la inclusión de “Habla el algarrobo” entre los escritos de Victoria Ocampo relevantes al tema pese a no ser “estrictamente autobiográfico” (*ibid.*, p. 226).

Porque encaraba ya de ese modo su tarea, Prieto podía abordar de manera productiva esa reticencia que impedía descubrir en el texto autobiográfico de Alberdi “al hombre enfrentado con la familia y el ambiente”, reconociendo en ella un indicio capaz de aportar –para entender a ese hombre que hurta tan celosamente su intimidad– claves cuya validez verá confirmada en “una simple carta fechada siete años después de escritas las memorias”.<sup>6</sup> En esa carta dirigida a su primo Miguel Moisés Aráoz, de la que habremos de ocuparnos todavía más adelante, Prieto encuentra en efecto la justificación que necesitaba para ubicar el testimonio propiamente autobiográfico de Alberdi entre los de quienes, en ese “permanente conflicto entre lo viejo y lo nuevo” que da argumento a toda la literatura autobiográfica, y que en el siglo XIX argentino se encarnó en la tensión entre el ascendiente que conservaba la herencia del antiguo régimen y los tentadores atractivos de la modernidad, no han logrado aún emanciparse plenamente de ese ascendiente; aunque Alberdi –nos dice Prieto– cree haber controlado “racionalmente su ingreso a un nuevo orden de cosas”, basta “un instante de abandono” para que deje “oír el eco de intensas voces soterradas”.

La incomodidad frente a las modalidades adoptadas por el “nuevo orden de cosas”, que Alberdi se niega a asumir pero no logra superar, se refleja quizá también en la curiosa ambivalencia que tampoco logra superar frente al proyecto de narrar su propia biografía. Sin duda debe de haber influido en ella –como sugiere el mismo Prieto– el recuerdo de la dureza con que reprochó a Sarmiento haber narrado dos veces la suya, en un gesto de vanidad particularmente incongruente en un país en que cien próceres no habían encontrado aún quien escribiera su biografía. Se comprende entonces que encontrara Alberdi excesivamente problemática cualquier decisión de incurrir en la misma falta de recato, y en efecto logra no incurrir en ella. En este punto es preciso tener por totalmente válida su declaración de que el relato autobiográfico que emprende no aspira a alcanzar más que al círculo familiar, y que si se ha decidido a hacerlo imprimir es sólo porque ese círculo está ya tan poblado que “la prensa es el medio más económico de multiplicar las copias de este escrito, sin que deje de ser privado y confidencial” [XV, 261].

Como anota muy justificadamente Molloy, el carácter confidencial que Alberdi asigna a su proyecto autobiográfico hace aun más notable la ausencia en él de esa dimensión íntima que ya antes había subrayado Prieto. Esa ausencia se entiende quizá mejor apenas se toma en cuenta la naturaleza del vínculo que lo une con ese tan vasto círculo familiar: ningún lazo basado en íntimos afectos lo liga con muchos de esos tan numerosos colaterales y sobrinos, a la mayoría de los cuales no ha visto nunca; el que aun en ausencia de asiduos contactos personales lo vincula con todos ellos está en cambio muy cercano al que invocaba ya la *Memoria autógrafa* que en la intención de Cornelio Saavedra debía ofrecer a los suyos un arma “contra la calumnia, si es que llegase a volver a aparecer”; si había juzgado su deber proporcionársela –agregaba Saavedra– era porque “por testamento les he legado el honor que heredé de mis abuelos, y el que supe adquirir por mis servicios”.<sup>7</sup>

Al encontrar en el goce en común de un patrimonio ideal el cemento que asegura antes que ningún otro la cohesión familiar, Alberdi permanece fiel a la visión que ha sido dominante en la élite tardíocolonial; pero si esa visión puede parecer hoy arcaica, se trata en todo

<sup>6</sup> Adolfo Prieto, *La literatura autobiográfica...*, cit., p. 54.

<sup>7</sup> Pasajes citados en Adolfo Prieto, *op. cit.*, p. 39.

caso de un arcaísmo ampliamente compartido. Todavía en 1850, un pasaje de *Recuerdos de Provincia* mostraba hasta qué punto ella seguía viva en el país que estaba terminando de nacer: es el que rememora el encuentro que Sarmiento había mantenido en Santiago de Chile en 1827 con Fray Justo de Santa María de Oro, quien en ese momento ambicionaba ocupar el obispado próximo a ser erigido en su nativa San Juan, y “tenía sus agentes en Roma, que le avanzaban la gestión”. En su segunda entrevista –relata Sarmiento– fray Justo “me inició en sus proyectos, contándome todo lo obrado, a fin de que pudiese, a mi regreso a San Juan, satisfacer la curiosidad de sus deudos”.<sup>8</sup> Curiosidad no parece la palabra justa, ya que esa mitra estaba destinada a acrecentar grandemente el patrimonio ideal compartido por todos y cada uno de los integrantes del clan de los Oro. Y casi un cuarto de siglo más tarde, Sarmiento no creía necesario explayarse más sobre las razones que habían movido a ese ambicioso eclesiástico a compartir informaciones que no hubieran podido ser más confidenciales con un mozo de dieciséis años a quien no había visto desde su temprana infancia, y que aunque lo recordaría como su tío, a la vez se confesaría sólo “miembro adoptivo” de “la casa de los Oro”.<sup>9</sup>

Sería tentador ver en el apego que todavía otro cuarto de siglo más tarde Alberdi mantiene por esa visión que se supondría arcaica de la solidaridad familiar un testimonio más de ese “permanente conflicto entre lo viejo y lo nuevo” que, en la ya citada y justísima observación de Adolfo Prieto, suele ofrecer uno de sus temas centrales a la autobiografía.<sup>10</sup> Sólo que no hay en el texto de la de Alberdi indicio alguno de la presencia de un conflicto: lejos de reivindicar polémicamente en él un modelo de familia que está siendo erosionado por el avance de la modernidad, Alberdi –sin siquiera considerar la posibilidad de que ese modelo estuviese perdiendo vigencia– se propone reivindicar la posición privilegiada que debe a su condición de integrante de la más eminente de su rincón nativo.

Esa reivindicación inspira inequívocamente las páginas con que se abre *Mi vida privada*, el texto en que rememora su infancia y juventud, hasta su emigración de Buenos Aires en 1839, que en su originario proyecto autobiográfico debía ser el de la primera de las cartas dirigidas a sus familiares, a la que se proponía agregar otras tres acerca de sus años de residencia en Montevideo, Chile y Europa, pero es la única que ha llegado hasta nosotros. Aunque al abrir su narrativa de vida prefiere acudir al contexto más reducido de la familia nuclear, cuando asienta como premisa que “más que de la tierra en que somos nacidos, más que de la sociedad en que nos hemos formado, somos por nuestra naturaleza física y moral los hijos, la reproducción o nueva edificación de nuestros padres” [XV, 265], esa premisa no deja más huella perceptible en su relato que una observación al pasar, en la que presenta a su madre, “dama de alta estatura, delgada, rubia”, como “la compañera obligada de un hombre de pequeña estatura, como era mi padre, cabello negro, cuerpo enjuto y ágil, cual verdadero vasco” [XV, 265-266]. Y –aun más significativamente– antes ya de introducirla, al presentar a sus padres en el marco de la élite de su nativo Tucumán, ha puesto decididamente en primer plano el vínculo que por vía materna lo liga con la familia de Aráoz.

Esa presentación nos informa en efecto que su padre, don Salvador de Alberdi, comerciante vizcaíno establecido en el Virreinato del Río de la Plata, cuando “la disposición de su salud lo llevó a Tucumán, país más análogo por sus montañas [que Buenos Aires] a la Espa-

<sup>8</sup> Domingo F. Sarmiento, *Recuerdos de provincia*, Ricardo Rojas (ed.), Buenos Aires, La Facultad, 1934, p. 101.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 85.

<sup>10</sup> Adolfo Prieto, *La literatura autobiográfica...*, cit., p. 219

ña de los Pirineos”, “tomó [allí] por esposa a la señora doña Josefa Rosa de Aráoz y Balde-  
rrama, hermana de don Diego y de don José de Aráoz” [XV, 265]: como se ve, antes de bus-  
car la clave de esa elección matrimonial en la atracción que ejercen los contrarios, la ha en-  
contrado ya en el vínculo que ese matrimonio vino a crear entre la más poderosa e influyente  
de las familias de la élite tucumana y quien, aunque –como su hijo cree necesario subrayar–  
no era propiamente un inmigrante, puesto que “el Plata era entonces una provincia española”,  
era en todo caso ajeno por origen a esa élite.

Hasta qué punto su condición de integrante por vía materna de la familia de Aráoz cons-  
tituye para Juan Bautista Alberdi una definitoria seña de indentidad se percibe muy bien en la  
carta sobre la que Prieto llamó la atención de sus lectores, a través de la cual tomaba por pri-  
mera vez contacto –en 1880– con su primo Miguel Moisés Aráoz, obispo *in partibus* de Be-  
rissa, “bajo un auspicio que no podrá dejar de serle simpático”, ya que en ella se ocupa del  
“parentesco que parece indudable de nuestra familia de Aráoz con el ilustre fundador de la  
Sociedad de Jesús, San Ignacio de Loyola”. Prosigue Alberdi: “Un pariente nuestro, el doc-  
tor don Juan José Aráoz, residente en París [...] al presente está ocupado en llevar a cabo las  
investigaciones históricas sobre la verdad y prueba de dicha genealogía”; su misiva tiene el  
propósito de solicitar para ellas la colaboración de su destinatario, ya que “parientes nuestros  
de Tucumán” le han asegurado que es “fuerte y competente juez de toda cuestión relativa a  
nuestros orígenes europeos y americanos de familia”. Espera obtenerla, porque está seguro de  
que no ha de ser ajeno al obispo el sentimiento de “justo orgullo de su origen” que ha estimu-  
lado a Juan José a probar “la conexión ilustre con la familia de Loyola [...] como no lo ha si-  
do para mí mismo en mi calidad de miembro de la familia de Aráoz” [XV, 265-266].

Y aunque en el relato autobiográfico de Alberdi “la familia de Aráoz” no ocupa un pri-  
mer plano análogo al que llena en *Recuerdos de provincia* “la casa de Oro”, a cada paso se  
hace sentir su presencia tutelar. Si cuando se desencadena la guerra revolucionaria su padre  
abraza con entusiasmo la causa emancipadora, la primera razón para ello es su vínculo “con  
la familia de los Aráoz, que dieron a Belgrano una parte del ejército con que venció en Tucumán” [XV, 267]; dos páginas más adelante Alberdi volverá a presentar ese vínculo como de-  
terminante (“casado en la familia de los Aráoz, siguió la causa de su familia y de su país adop-  
tivo” [XV, 269]); y para explicar que en el mismo Tucumán Belgrano hiciera de él su mejor  
amigo, invoca su “triple carácter de español, liberal y –de nuevo– pariente de los Aráoz, que  
le formaron su ejército”.

A la intimidad que se estableció entre el mercader vizcaíno y el general patriota iba a de-  
ber el propio Alberdi el privilegio de haber sido “el objeto de las caricias del general Belgra-  
no en [su] niñez”, y haber más de una vez jugado “con los cañoncitos que servían a los estu-  
dios académicos de sus oficiales en el tapiz de su salón de su casa de campo en la Ciudadela”  
[XV, 269-270], en una imagen que lo muestra instalado ya en su primera infancia en el cen-  
tro mismo del poder, en el marco de una revolución que en Tucumán era a la vez la máxima  
hazaña de la casa de Aráoz.

Sin duda, no es ése el único argumento que subtiende las páginas iniciales de *Mi vida pri-  
vada*: más insistentemente aun que a su conexión con la ilustre familia materna, lo veremos  
aludir al origen peninsular de su padre, y la firmeza con que se rehúsa a considerar siquiera que  
ese origen hubiese podido introducir una dimensión problemática en la relación de éste con “su  
país adoptivo” sugiere que por lo menos a los ojos de algunos ella había constituido en efecto  
un problema. No en todo caso a los de su padre, para quien “la revolución fue una desmem-

bración natural de la familia española”, en la que descubrió y celebró la oportunidad de contribuir al triunfo de los “principios y máximas del gobierno republicano, según el *Contrato social* de Rousseau”, cuyo texto había usado para explicar esos principios en sesiones privadas destinadas a “los jóvenes de ese tiempo” [XV, 267]. Y tampoco a los ojos del poder revolucionario, que le otorgó carta de ciudadanía por decisión del Congreso que declaró la independencia; no ha de sorprender entonces que cuando la disolución del estado revolucionario dio lugar a la creación de una legislatura local, don Salvador de Alberdi fuera elegido para integrarla. Nunca iba a cruzar el umbral de la época que así se abría: asistente a la sesión en que “don Bernabé Aráoz, mi tío” debía ser investido de facultades extraordinarias, se retiró sin firmar el acta, presa de un súbito malestar “y murió en la misma noche de ese día” [XV, 268].

Pero el horror ante la inminente dictadura, que detuvo para siempre el corazón republicano de don Salvador de Alberdi, no le había inspirado enemistad alguna contra quien se preparaba a ejercerla. ¿Y cómo hubiera podido ser de otra manera, cuando el propio Juan Bautista Alberdi tenía en su poder “una carta original del general San Martín (que pertenece al señor Posadas) dirigida al presidente Pueyrredón recomendando para gobernador de Tucumán a don Bernabé Aráoz”, en la que presentaba a éste “como el mejor hombre de bien que existe en toda la República” [XV, 268]?

Alberdi puede así cerrar el capítulo de su infancia con un recuerdo orgulloso tanto para el padre de quien había recibido en herencia su austera conciencia republicana cuanto para la ilustre casa de Aráoz, pero su vinculación con ésta aún habría de allanarle las siguientes etapas de su camino. Cuando, luego de “aprender a leer y escribir en la escuela pública que fundó Belgrano”, partió a Buenos Aires todavía no cumplidos los catorce años, para proseguir estudios en el Colegio de Ciencias Morales, lo hizo como uno de los seis becarios que el gobierno de esa provincia había asignado a la de Tucumán, recomendado para ello por el gobernador Javier López, quien invocaba en su favor su calidad de “hijo de una de las primeras familias de este pueblo” (de la que el propio López había venido a formar parte gracias a su matrimonio con Lucía Aráoz, prima del agraciado).<sup>11</sup>

Cuando encontró insoportable la disciplina del colegio, y obtuvo el consentimiento de su hermano mayor y tutor para colocarse como dependiente en la casa de comercio de quien lo había sido de su padre, “las ocupaciones del comercio fueron cediendo [...] al gusto y al hábito de leer”. *Las ruinas de Palmira*, de Volney fue su “primer lectura de esa edad”, y de inmediato lo cautivó su “encanto indefinible” [XV, 275]. Había comenzado a contemplar con envidia, desde la tienda en que trabajaba, situada frente al Colegio, a sus ex colegas “salir en cuerpo diariamente para tener sus cursos en la Universidad” [XV, 274], cuando pudo retomar estudios gracias a la intervención de su primo hermano Jesús María Aráoz, quien a su paso por Buenos Aires, viéndolo “siempre dado a la lectura”, solicitó la intercesión en su favor de “don Alejandro Heredia, que era diputado por Tucumán en el Congreso nacional en 1826”; fueron precisamente las instancias de Heredia las que llevaron a Florencio Varela, “empleado importante del ministerio de Rivadavia en ese momento”, a gestionar exitosamente que se lo restableciera en el goce de su beca. Pero llegó aun más allá el interés de Heredia por el hijo de Josefa Aráoz: “quiso darme él mismo las primeras lecciones de gramática latina; y una tarde, en su casa, sentados en un sofá, al lado uno de otro, empezó por invitarme a persignarme;

<sup>11</sup> Jorge M. Mayer, *Alberdi y su tiempo*, Buenos Aires, Eudeba, 1963, p. 37.

después de lo cual, abriendo él mismo el *Arte de Nebrija*, dimos principio a la carrera en que ha girado mi vida” [XV, 276].

Tras de entrar en ella cobijado bajo la sombra protectora de la casa de Aráoz, bajo ese mismo amparo logra cruzar indemne los años terribles anunciados por “los cañonazos de los combates tenidos en las aguas del Plata” durante la guerra del Brasil, que habían más de una vez atronado en la distancia durante sus lecturas de Volney. En 1834, tras de detenerse brevemente en Córdoba, con el propósito de obtener más rápidamente que en Buenos Aires su grado universitario, lo que pudo lograr gracias a una recomendación de Heredia, ya gobernador de Tucumán, a su colega cordobés, retornó luego de diez años de ausencia a su tierra nativa, en la que encontró a su hermano mayor y antiguo tutor transformado en figura influyente: aunque no desempeñaba el papel de “consejero oficial” del gobernador Heredia que algunos le asignaban, como “íntimo amigo” que era de éste “le hacía, por mero comedimiento, algunos papeles de estado, que Heredia le pedía” [XV, 286].

A su llegada encontró su ciudad natal ensombrecida por “las escenas de una revolución sofocada ese día, contra el gobierno del señor Heredia”. En el cercano aniversario de la declaración de independencia, invitado a pronunciar “algunas palabras” en la sala misma en que ésta había sido proclamada, y en presencia de “todas las autoridades presididas por el Gobernador, y acompañadas por el pueblo más selecto”, usó de la ocasión para solicitar de su antiguo protector la libertad de los revolucionarios, “pertenecientes a la mejor sociedad de Tucumán” [XV, 287]. Fue escuchado; Heredia concedió una amnistía universal, y ello hizo de su retorno a su tierra nativa “un feliz evento, por el influjo que tuvo en el restablecimiento de la paz” [XV, 285].

Pronto iba a recibir nuevos signos de la benevolencia con que lo miraba el gobernador tucumano: tras de autorizarlo a ejercer la abogacía en la provincia pese a no haber cursado la Academia de Jurisprudencia, se proponía incorporarlo a la legislatura provincial, y pensó por un momento enviarlo como su agente a Salta. Cuando, decidido como estaba a eludir “todos esos compromisos precoces que interrumpían [su] carrera” [XV, 289], Alberdi apresuró su retorno a Buenos Aires, su inveterado protector, lejos de considerarse desairado por ello, quiso acompañar con su solicitud de siempre “la terminación de una carrera en que él [lo] había colocado”. Deseoso de que viniera a ofrecerle digna coronación un viaje de estudios a los Estados Unidos “para perfeccionar[se] en esa grande escuela del gobierno federal”, Heredia encargó “al general Quiroga, que residía entonces en Buenos Aires”, que proveyera a Alberdi de los fondos necesarios para ello. Pero al día siguiente de recibir de Facundo “una orden para el Banco de Buenos Aires, por toda la suma que debía servir[le] para trasladar[se] y residir un año en ese país” [XV, 291], el mismo Alberdi se la devolvió, renunciando así –por razones que no cree del caso mencionar– al proyectado viaje.

Cuando se lee el pasaje en que el Tigre de los Llanos es presentado desempeñando el inesperado papel de agente de un proyecto eminentemente civilizatorio se hace tentador ver en él una escaramuza más en la guerra que Alberdi lleva contra Sarmiento: en el prólogo de *Facundo* éste había pedido un Tocqueville sudamericano, pero su antihéroe se le había anticipado cuando intentó llenar ese vacío patrocinando al talentoso joven que se disponía a emprender un viaje de exploración paralelo a aquel que había de dar su fruto en *La democracia en América*.

No creo sin embargo que en este caso esa motivación polémica haya pesado de modo significativo: su presentación de la figura de Facundo se mantiene fiel a un rasgo que domina ya hasta tal punto la que ofrece del entero contexto en que avanzó su carrera, que quien se mantenga en la superficie de su relato la imaginará proyectada sobre un trasfondo mucho más



apacible del que podía ofrecer un país en guerra civil. Y esa estilización se hace particularmente violenta en cuanto a las vicisitudes vividas por Tucumán, que tocan a Alberdi aun más de cerca; la brevísima alusión a “la ejecución de mi tío D. Bernabé Aráoz, en el pueblo de las *Trancas*, por la revolución que lo derrocó de su gobierno dictatorial” [xv, 285] elude mencionar algo que sin duda Alberdi tiene tan presente como los parientes para quienes –según asegura– ha escrito *Mi vida privada*: a saber, el conflicto que desgarró a la casa de Aráoz y pareció acercar la historia de esa etapa tucumana a la de la Inglaterra bajomedieval cuyas *sad stories of the deaths of kings* dieron tema frecuente al ciclo de obras históricas de Shakespeare. Bernabé Aráoz –contra lo que prefiere recordar Alberdi– no murió víctima de la revolución que derrocó su dictadura; refugiado en Salta luego de ser despojado del poder, y sospechado, sin duda justificadamente, de preparar desde allí un golpe de mano destinado a devolvérselo, fue entregado por el gobernador salteño a las autoridades tucumanas, y ejecutado por éstas bajo la acusación de intentar fugarse de su cautiverio. Era entonces gobernador de Tucumán Javier López, quien –tras de disputar con Diego Aráoz el poder dejado vacante por el derrocamiento de Bernabé, en el que ambos habían participado– había establecido con él una alianza refrendada por el ya mencionado matrimonio del primero con Lucía Aráoz, hija del segundo, que vino a consolidar la primacía política de la rama de esa familia a la que pertenecía Alberdi, como hijo de una hermana de Diego.<sup>12</sup>

Pero cuando Alberdi escribía *Mi vida privada* todo eso era historia pasada, en todos los sentidos del término. Aunque algunos miembros de la familia brillaban en el mundo (uno de ellos, Daniel Aráoz, estaba cerrando en un escaño del Senado una larga aunque algo opaca carrera política que había tenido por marco el naciente Estado central), ello no impedía que entre los grandes linajes que seguían siendo actores centrales del drama político tucumano apenas figurase ya el de Aráoz (como señalaba por esos años Paul Groussac, el nombre que ahora aparecía vinculado más frecuentemente con los más variados lugares de poder era el de Posse), y sin embargo el texto de *Mi vida privada* no incorpora ese dato nada secundario en el relato familiar. Sin duda, los deudos a quienes Alberdi lo destinaba no hubiesen agradecido que les recordasen que el pasado en él evocado era –como ya sabían demasiado bien– irrevocable, pero quizá no fuese ésa la razón principal para el silencio que éste quiso guardar sobre este punto, que se debía quizá más bien a que en el relato de Alberdi el tema de la decadencia del clan Aráoz ha sido subsumido –y por lo tanto ocultado– bajo el de la frustración de la promesa implícita en la pertenencia a ese clan que marcó el destino de Alberdi. La relegación del tema ofrecido por el ocaso de los Aráoz a los márgenes de ese relato es tan extrema que sugiere que si Alberdi había presentado a ese antes poderoso clan familiar como el destinatario en que pensaba al escribir *Mi vida privada*, era porque ello le permitía ignorar que lo que estaba escribiendo era –una vez más– un memorial dirigido a sí mismo, un fragmento de ese inacabable soliloquio del que nos ofrecen testimonio parcial los *Escritos póstumos*.

En efecto, si en *Mi vida privada* la novela familiar permanece en un remoto segundo plano, es porque el primero está totalmente dominado por un relato que estiliza la trayectoria vital de su autor sobre las líneas de la de un príncipe que vio arrebatada su herencia (ya la imagen del niño que juega con los cañoncitos de Belgrano, con que abre su relato, trae a la mente la estampa del infante Rey de Roma jugando con el orbe, símbolo de la universalidad de la

<sup>12</sup> Como señala Jorge M. Mayer, mientras Diego Aráoz era su tío carnal, Bernabé –aunque mayor en edad– era sólo sobrino en tercer grado. Véase Jorge M. Mayer, *Alberdi...*, cit., p. 35, n. 132.

soberanía que había nacido destinado a ejercer). Lo que le arrebató esa herencia no es la victoria de la barbarie denunciada por Sarmiento; como se ha visto ya, el conflicto que ofrece para éste la clave del enigma argentino no tiene lugar alguno en una narrativa en la cual, mientras las provincias argentinas viven la incesante tormenta que ofrece el trasfondo para *Facundo*, el general Belgrano y el general Quiroga, Bernardino Rivadavia por medio de Florencio Varela y Alejandro Heredia suman sus esfuerzos para impulsar una carrera cuyo rumbo se anuncia triunfal: será sólo la consolidación del orden político erigido por Rosas desde Buenos Aires la que ha de desviarla de él, en un revés que tres décadas más tarde no cabe ya esperar que pueda ser contrarrestado.

El encuentro con ese obstáculo que hubo finalmente de derrotarlo es el tema de *Alberdi*,<sup>13</sup> un conjunto de fragmentos reunidos –al parecer por él mismo– bajo ese título, para servir de pórtico a las proyectadas *Memorias sobre mi vida y mis escritos*, abiertas precisamente por *Mi vida privada*. En esos fragmentos Alberdi acumula argumentos para una *apología pro vita sua* en que ofrece como clave para esa derrota su “combate de veinte años contra el localismo absorbente de Buenos Aires; como obstáculo a la institución del gobierno nacional argentino, que tuvo por mira la revolución de Mayo contra España” [XV, 244].

Consagrado desde niño a la causa de la revolución de Mayo –agrega– y designado por sus colegas desde su más joven edad para estudiar su fórmula, [Alberdi] no tardó en reconocer que el obstáculo [...] era el provincialismo de Buenos Aires, que después de servir esa revolución, y con ocasión de ese papel, se constituyó en la resistencia a su más grande propósito: la creación de un gobierno patrio y nacional [XV, 244-245].

Es esa devoción por la causa nacional la que perversamente ha movido a algunos a dirigirle “el reproche de traición a su patria”. Un reproche que viene de lejos: “no ha necesitado defender al Paraguay para ser odiado y calumniado por Buenos Aires; ya lo había sido hasta el colmo, por sólo defender a la Confederación Argentina” [XV, 252]; por otra parte quienes así lo calumnian prefieren ignorar que “el Paraguay ha firmado las ideas diplomáticas, y publicado y propagado las ideas políticas de Alberdi” y que por lo tanto “lejos de haber servido Alberdi como instrumento del Paraguay, el Paraguay ha sido instrumento de Alberdi” [XV, 255]. No es ésta por otra parte la primera vez que buscó poner a su servicio instrumentos extraños; en 1865 habían pasado casi tres décadas desde que había descubierto

[...] en el extranjero un instrumento menos hostil y peligroso para la República Argentina que el *localismo* doméstico que suscitó siempre conflictos externos para disfrazar la fealdad de su despotismo usurpador con falsos prestigios de gloria nacional. Es así como se vio de aliado de los franceses en 1840, de los brasileros en 1851 y lo ha sido de los paraguayos en 1865 [XV, 266-267].

Pero no es sólo el localismo lo que reprocha a Buenos Aires. Ya en el *Fragmento preliminar al estudio del Derecho* había presentado el régimen rosista como esencialmente democrático, en cuanto se apoyaba en una opinión colectiva que le era abrumadoramente favorable; esa caracterización, que fue vista por muchos como el anuncio de una inminente apostasía, era a sus

<sup>13</sup> “Alberdi”, en Alberdi, *Escritos*, t. XV, p. 243.

propios ojos quizá menos favorable al rosismo de lo que esos muchos parecían temer. Luego de 1852 Alberdi la seguiría esgrimando contra el peculiar estilo de política madurado en Buenos Aires, en circunstancias que no le hacían ya necesario abstenerse de formular el juicio negativo que el espectáculo ofrecido por la política democrática le inspiraba. Sin duda no son los rasgos que la hacen inaceptable los que invoca para proclamarse el más tenaz adversario de las causas políticas que defiende Buenos Aires, pero es la capacidad para imponer las pautas de ese estilo a la entera nación, que la primera provincia había perdido en Caseros pero reconquistado en Pavón, la que lo ha obligado a desistir de participar en un juego político que sólo pueden practicar con éxito quienes estén dispuestos a “escribir cosas que embriagan la vanidad de la multitud; estudiar fríamente las preocupaciones, los errores arraigados y las pasiones reinantes del país para hacerse el eco exagerado y sonoro” de todo eso; tal es el secreto “vulgar de que se valen los caracteres bajos y egoístas que trafican con el error” [XV, 251]; y la eficacia con que saben hacer uso de ese recurso condena de antemano al fracaso a quienes con intención honrada aspiren a cerrarles el camino.

Pero esa eficacia se debe a la perfecta adecuación de su estilo de hacer política a un “país, dominado como todo país republicano por esas corrientes de opinión y sentimiento, justo o injusto, que hacen pagar caro a la independencia sus menores desvíos de la huella común que gobierna y dirige en soberana”. Aunque Alberdi se complace en denunciar al Buenos Aires de Mitre como el heredero y continuador del de Rosas, admite a la vez que en aquél, a diferencia de lo que ocurría en éste, la tiranía no la ejerce ya en primer término quien ocupa el gobierno: “la intolerancia de los gobiernos forma [sólo] la cuarta parte de la intolerancia que le sirve de base natural, la cual se compone de las costumbres, de las corrientes de opinión y del torrente de las preocupaciones reinantes, dotadas del poder soberano de una democracia que no gusta de ser contradicha” [XV, 310]. En el Buenos Aires del que Alberdi se presenta como irreductible adversario no cuesta trabajo reconocer la ciudad en que, como quiere Hilda Sabato, la política se hace en las calles tanto como en las sedes del gobierno, pero es precisamente ese rasgo, que ha hecho de Buenos Aires una república de la opinión,<sup>14</sup> el que persuade a Alberdi de que el país al que Pavón ha vuelto a someter a la hegemonía porteña no ha de concederle jamás el lugar que se juzga con derecho a ocupar en su vida pública.

Ya antes de que la carrera política de Alberdi encallase en ese obstáculo inamovible, habían venido acumulándose los signos de que en él la vocación política era menos imperiosa y excluyente que en sus grandes rivales. Mientras —como era por otra parte esperable— la mirada retrospectiva que *Mi vida privada* dirige a esa carrera no se detiene en sus titubeantes exploraciones de alternativas para ella, que no habían faltado a lo largo de su curso, otros de los *Escritos póstumos* recogen los testimonios directos de una etapa difícil en que sintió con particular intensidad la tentación de buscar otros rumbos.

Esa etapa se abre con su abandono de Montevideo al comenzar el Sitio Grande, que hizo de él —en la pérfida y transparente alusión incluida por Sarmiento en su dedicatoria de *La campaña en el Ejército Grande*— “el primer desertor argentino de las murallas de defensa al acercarse Oribe”;<sup>15</sup> tras de su partida de la ciudad sitiada —en compañía de Juan María Gutiérrez,

<sup>14</sup> La fórmula es de Alberto Lettieri (*La República de la opinión. Política y opinión pública en Buenos Aires entre 1852 y 1862*, Buenos Aires, Biblos, 1999).

<sup>15</sup> Domingo F. Sarmiento, *Campaña en el Ejército Grande aliado de Sud América*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1997, pp. 118-119.

como recordaba también Sarmiento con intención igualmente malévolamente— Alberdi emprendió junto con éste una excursión europea que, comenzada en Génova y continuada a través de Turín, Chambéry y Ginebra, tuvo su etapa más prolongada en París para terminar en el Havre. Los apuntes que nos ha dejado de ese viaje —tanto los muy circunstanciados de “Veinte días en Génova”<sup>16</sup> como las más escuetas “Impresiones” que cubren el resto de su itinerario europeo—<sup>17</sup> dedican un espacio inesperadamente amplio a la descripción de los locales y de los procedimientos que encontró vigentes en los tribunales de esas ciudades, así como de las satisfacciones materiales y de prestigio asequibles a los abogados que practicaban en esos variados foros. Así en Chambéry, donde, presentado por los jesuitas “con una generosidad que nunca olvidaré, a los señores Cot, padre e hijo, el primero notario del Senado” (tribunal), descubre que el segundo, aunque “abogado pleiteante” desde hace sólo un año, gana ya doce mil francos anuales, al frente de un bufete en que, auxiliado por “cinco o seis escribientes”, maneja simultáneamente ochocientas causas [XV, 837-838]. Sin duda, el marco físico no podría ser más modesto (“el tubo de lata de una de las dos chimeneas que hay en ella, atraviesa horizontalmente la sala” del tribunal, que ya ha presentado como “pequeña, negra y mal dispuesta”, y cuyas “antesalas y secretarías, tienen el aire de tabernas”), pero sobre ese telón de fondo casi sordido resaltan con aun mayor relieve la “dignidad y nobleza en el aire de los jueces, tan urbanos, tan simples, tan graves” [XV, 838]. Por otra parte Alberdi no deja de anotar que en Chambéry “los abogados gozan de gran respetabilidad, y a los pleiteantes, como me decía uno, si no se les respeta por su categoría, se les respeta por el mucho dinero que ganan” [XV, 839].

Aunque no supiéramos que Alberdi se interesó por un momento en la posibilidad de incorporarse al foro de Madrid, la decisión de hacer de su primera excursión europea un viaje de estudio acerca de la administración de justicia en el Viejo Mundo sugiere que lo que lo atrae al tema no es un interés puramente teórico. ¿Qué podía Alberdi encontrar de atractivo en el ejercicio de la profesión de “abogado pleiteante”? Probablemente en primer término la promesa de un lugar en la sociedad capaz de asegurar una cierta holgura a quien lo practicara con mínima destreza. Aunque en este punto no se puede ir mucho más allá de la conjetura, hay mucho que sugiere que en ese momento de la trayectoria de Alberdi el problema de cómo ganarse la vida vino a plantearsele con una urgencia desconocida en el pasado: si todavía cuando partió de Montevideo contaba con recursos suficientes para hacer de esa partida la ocasión para un extenso y necesariamente costoso viaje europeo, las anotaciones del diario que llevó a lo largo de éste lo muestran cada vez más angustiado por la incógnita que en este aspecto pesaba sobre su futuro.

Pero no es eso todo: cuando Alberdi abandonó Montevideo todo anticipaba que la inminente caída del único rincón rioplatense que no había sido conquistado por las fuerzas de Rosas cerraría con una derrota ya irrevocable de las fuerzas que le habían sido hostiles [durante] la más seria crisis que había afrontado su régimen, pero ya antes de ver encerrada la causa antirrosista en ese precario bastión había tenido ocasiones sobradas para entregarse al desaliento a lo largo de cuatro años en que cada esperanza había dado paso a la más amarga decepción. Y Alberdi estaba mal preparado para superar las decepciones; como se ha visto más arriba, a

<sup>16</sup> “Veinte días en Génova”, en Juan Bautista Alberdi, *Obras escogidas*, tomo VI: *Memorias e impresiones de viaje*, Buenos Aires, Luz del Día, 1953, pp. 45-156.

<sup>17</sup> “Impresiones de viajes”, en *Escritos póstumos de Juan Bautista Alberdi*, tomo XV: *Memorias y documentos*, Buenos Aires, Imprenta J. B. Alberdi, pp. 835-929.

diferencia de lo que había ocurrido con Sarmiento, su experiencia de vida sólo comenzó a sugerirle que el rumbo tomado por la política postrevolucionaria en el Río de la Plata podía afectarlo duramente cuando le tocó vivir desde dentro las tensiones cada vez más insoportables que acompañaron la reconquista del poder en Buenos Aires por parte de Juan Manuel de Rosas, pero ni aun ellas lo incitarían a dejar totalmente de lado la imagen considerablemente más placida de esa experiencia que había madurado en las etapas anteriores de su trayectoria.

De nuevo en este punto coincidía con sus camaradas de la Nueva Generación: si ésta se había fijado por tarea una lenta permeación ideológica de las élites políticas argentinas era porque confiaba, así fuese implícitamente, en que ningún nuevo avance en la exacerbación de los conflictos facciosos habría de incitar a esas élites a cerrar sus oídos a su prédica. Ni aun la reacción de Rosas, que obligó a la que entraba en escena como Nueva Generación a interrumpir su campaña pública de esclarecimiento ideológico cuando ésta apenas comenzaba, permitió a ésta percibir la seriedad del desafío que enfrentaba: así lo sugiere que todavía el 25 de mayo de 1838 solemnizara su ingreso en la clandestinidad con un banquete público en una fonda de Buenos Aires. Pero cuando aún no era capaz de percibir del todo que el estilo político de Rosas, que lo llevaba a doblar la apuesta frente a cada nuevo desafío, haría finalmente imposible a la Nueva Generación seguir avanzando, así fuese en forma menos pública, en su proyecto originario, la internacionalización del conflicto entre Rosas y sus adversarios, en que ese estilo alcanzó su punta extrema, pareció ofrecerle la oportunidad para asumir un papel más activo, haciendo suya la audacia en la reacción frente a cualquier desafío gracias a la cual quien se había revelado su enemigo irreconciliable había logrado remover todos los obstáculos que hasta entonces se habían interpuesto en su camino.

Y la Nueva Generación –que a los ojos de los veteranos del antirrosismo no era sino un grupo de jóvenes advenedizos que se habían encerrado hasta la víspera en una calculada ambigüedad frente a los dilemas políticos que desgarraban a las Provincias Unidas– logró arrastrarlos a apuestas cada vez más audaces, que terminaron forzándolos a jugar el todo por el todo en los desesperados combates que cuando Alberdi abandonó Montevideo parecían a punto de culminar en uno de resultado demasiado previsible. Pero si –gracias en buena medida al celo y al talento que el propio Alberdi puso en la empresa– la Nueva Generación pudo ganar influjo hegemónico sobre el entero conglomerado de fuerzas antirrosistas, no por ello había modificado del todo la relación mediada con la esfera política por la que había optado cuando había esperado contribuir con sus ideas a corregir las carencias que en este aspecto afligían al triunfante bando federal. Aunque cuando se marchó de Montevideo Alberdi dejaba atrás varios años de frenética actividad política, esa experiencia no había sido suficiente para que se viese a sí mismo bajo la figura del político.

Ésa es sin duda la razón que le hacía menos duro concluir que su partida estaba cerrando de modo irrevocable la etapa abierta por su voluntaria expatriación a la capital uruguaya, en que la distancia que había mantenido hasta entonces con la esfera política se había reducido hasta hacerse imperceptible, salvo para él mismo. Y si había llegado para él el momento de imaginar una vida fuera de la política –se ha sugerido ya– el foro presentaba atractivos que iban más allá de la promesa de un honrado bienestar. Tal como pudo descubrir en su viaje que en una Europa desquiciada por las pasadas revoluciones, y amenazada quizá de otras aun más terribles, la administración de justicia ofrecía quizá el único terreno en que la monarquía de Julio, que había adoptado por estandarte el tricolor de la Gran Revolución, podía mantener fidelidad a inveteradas prácticas sociales que se revelaban con ello dotadas de una suerte de vigencia intemporal, y

capaces por lo tanto de atravesar indemnes las más duras intemperies de la historia. Y ello lo autorizaba a esperar que en el foro le sería aún posible alcanzar ese futuro que antes había podido creer reservado de antemano a quien como él era desde el momento mismo de su nacimiento integrante de una élite que, forjada por el Antiguo Régimen, había sabido revalidar sus credenciales bajo el signo de una revolución inspirada en el *Contrato social*.

Cuando Alberdi descubría Europa, el ejercicio de esa profesión liberal que era la abogacía se le presentaba como la mejor de las alternativas entre las cuales lo forzaba a escoger la situación en que lo habían colocado los reveses acumulados al servicio de una causa que todo anunciaba cercana a una derrota ya irrevocable. Pero si cuando abandonó Montevideo todo sugería que la inminente caída de la ciudad estaba a punto de consumir esa derrota, a fines de 1843, cuando cerró su periplo europeo, no sólo ella no se había producido, sino que parecía ya menos seguro que hubiese de producirse en un futuro previsible: aunque el régimen rosista había logrado sobrevivir a la furia de todos sus enemigos, y resultaba difícil imaginar de qué modo éstos podrían revertir las consecuencias de sus recientes fracasos, esos descalabros no habían tampoco logrado eliminarlos del campo.

Alberdi iba a descubrirse menos dispuesto a permanecer en la arena política en medio de una coyuntura que amenazaba encerrarlo indefinidamente en un callejón sin salida que a resignarse a una derrota sin atenuantes. Y no debe sorprender esa reacción por parte de quien había entrado en liza decidido a librar una lucha sin cuartel contra un enemigo despiadado, que por su naturaleza misma debía alcanzar rápida resolución: iba a ser el desconcierto ante el alejamiento hacia un horizonte cada vez más remoto de ese momento resolutivo el que colearía sus reflexiones durante el viaje de retorno.

En los diarios que Alberdi llevó durante ese viaje, recogidos primero en las páginas finales de las ya citadas “Impresiones de viajes”, que registran las de la navegación entre el Havre y Río de Janeiro a bordo del navío francés *Jeune Pauline*, y luego en las de “En Río de Janeiro” y “A bordo”, que recogen respectivamente las de “los 30 días más tontos de [su] vida”, transcurridos en esa ciudad, y las de los vividos a bordo de la barca inglesa *Benjamin Hort*, en viaje de Río de Janeiro a Valparaíso, fechadas estas últimas entre el 8 de febrero y el 5 de abril de 1844, en que cesan antes de que esa penosa navegación encuentre su término,<sup>18</sup> lo veremos recorrer una y otra vez la distancia entre la desesperación y la esperanza. Apenas embarcado en el Havre, le complace descubrir que su espíritu se ha librado “del *ennui* que le abrumaba sordamente, en medio de los mayores atractivos de la Italia, Suiza y París” [XV, 898]. Lo ha reemplazado el contento por “estar volviendo a la América”, luego de que las desilusiones sufridas en Europa le permitieron apreciar mejor lo que esa América vale.

No por ello se le ocultan las dificultades que le esperan,

[...] a los 33 años de edad, después de tanto preparativo, de tanto ruido, de tanto negocio: pobre, viniendo de Europa a América sin saber a qué destino, como uno de los muchos parias que vienen a buscar fortuna y colocación. [...] Llegar a Chile, y encontrar un abogado que admita mi colaboración mediante un estipendio que me dé para vivir, esto es, habitar y comer, es toda la felicidad ideal que yo ambiciono. He aquí en lo que ha parado el mundo de ambiciones que abrumaba mi cabeza de 25 años [XV, 901-902].

<sup>18</sup> “Impresiones de viajes”, cit. Las anotaciones sobre la travesía de la *Jeune Pauline* comienzan en la p. 889; “En Río de Janeiro”, en Alberdi, *Escritos póstumos*, cit., t. XVI, p. 9; “A bordo”, *ibid.*, p. 31.

Es éste el primer pasaje en que Alberdi comienza a barajar las alternativas que se le abrirán a su retorno, y es la ofrecida por la abogacía la que primero le viene a la mente. No es que se prometa mucho de ella; subraya por el contrario que encarar esa opción supone resignarse al fracaso en que vino a terminar “tanto preparativo, tanto ruido, tanto negocio”, estilizando así su trayectoria pasada sobre las líneas de un relato en que la ambición juvenil se frustra al primer choque con la realidad. Al presentarse como el émulo austral de tantos personajes que en la narrativa romántica paladean infinitamente su propio fracaso, Alberdi logra pasar por alto –aun ante sí mismo– que al asumir ese fracaso asume también –tal como lo habría de denunciar Sarmiento– la condición de desertor de una guerra a la que ni aun las durísimas derrotas sufridas por la causa que él había hecho suya habían logrado imponer un desenlace definitivo.

Otras notaciones datadas en ese mismo día 26 de noviembre de 1843 muestran que no se ha resignado del todo a aceptar ese destino. Comienza recordando en ellas que “pasado mañana es aniversario del 28 Noviembre del 40 y 42 –*Quebracho* y *Caa-Guazú*”, el primero el de la derrota que marcó el comienzo de la reconquista de las provincias nortenas por los ejércitos rosistas, y el segundo el de la victoria que dos años más tarde prometió arrebatar a Corrientes a la influencia de Rosas. “Oh, si a mi llegada a Río, supiese que habíamos tenido otro Caa-guazú! –exclama–. Quiera Dios que este Noviembre vea concluirse la invasión de Rosas en la Banda Oriental!” Lo espera con tanta más ansia porque ese golpe de fortuna vendría a dar solución feliz al dilema que lo atormenta: “Cómo esperar, en Río, el fin de la cuestión? Cómo volver a mezclarme en ella, sin medios, ni esperanzas?” [XV, 903]. El 29, con un sol radiante, y un fresco viento que parece decidirse por fin a impulsar a la *Jeune Pauline* a su puerto de destino, le “asalta la idea de que a esta hora está, quizá, definida en nuestro favor la cuestión del Plata. Cómo habría podido pasar este sol sin producir nada! Cuando la victoria de Caa-Guazú, yo la soñé la noche antes que llegara la noticia. Habrá sido profeta mi corazón esta vez también?” [XV, 905]. Pero siguen días en que el sol se nubla, y el viento se torna de nuevo más esquivo; y el 10 de diciembre, cuando de nuevo la llegada parece inminente, sus pensamientos son decididamente más sombríos: “yo creo que el Brasil será para mí la mitad del camino; porque quizá tendré que doblar el Cabo. Cuántas son mis dudas sobre mi destino! Qué será de mí! [...] Estoy seguro que no vacilaré mucho en abrazar un partido. Pero será posible que, de cuatro meses aquí, no haya tenido un desenlace el drama de Montevideo?” [XV, 922].

En Río de Janeiro ha de enterarse de que no lo ha tenido, y –si de antemano se negaba a considerar la alternativa de esperar allí el desenlace de la guerra que se libraba en el Estado Oriental– la impresión que le causa la capital del Imperio brasileño sólo intensifica el rechazo que esa opción le inspira, hasta tal punto que cuando un periódico de Río insinúa la posibilidad de “un rompimiento entre este país y Rosas”, ello sólo refuerza su decisión de partir prontamente a Chile:

Presenciar y participar de una guerra más, contra Rosas; y hallarse al lado del extranjero; y del extranjero inepto, del extranjero destinado tal vez a ser vencedor! Oh! no!– Fuera! a Chile! Salud a cualquier acontecimiento que haga sucumbir a Rosas. Pero líbreme Dios de que yo me halle en él enrolado a la par del extranjero victorioso [XVI, 24].

Por otra parte, el reencuentro con compatriotas, que había esperado con ansia, le inspira sentimientos mezclados: “He conversado de Montevideo, de Rosas, de Oribe, etc., etc., de estas

cosas que de buena gana habría olvidado para siempre”, y esas monótonas conversaciones han sido los puntos altos de su estancia en Río (“es lo que he pasado más a mi gusto. La tertulia de don Ladislao [Martínez]; he aquí mi querida tertulia”) [XVI, 23]. Ello no le impide partir con ánimo sombrío (“nada feliz, nada risueño me augura el corazón” [XVI, 33]), pero se obliga a revestirse de su “energía de hombre” para pensar “en Chile, con fe, con esperanza, en los bellos días venideros, en que paso a países estables y felices” [XVI, 35].

Quince días después, el 21 de febrero, la nave atraviesa la desembocadura del Plata, y aunque se “había preparado para vertir lágrimas”, tiene la satisfacción de descubrirse “superior a sí mismo” [XVI, 42] cuando logra mantener sus ojos secos. Pero bajo su exterior impasible no deja de preguntarse

Cuándo volveré a la patria? Seré yo de esos proscritos que acaben sus días entre los extraños? Oh! yo haré porque así no sea; yo no seré proscrito eternamente. Vergüenza al que arrojen lejos de los suyos! No puede ser oprobioso jamás habitar su país, aunque sea en cadenas. Seguir el destino del país en todas sus alternativas. Oh!, no; eso no puede ser vergonzoso jamás, cuando se ha hecho lo posible para mejorar las condiciones de su fortuna. No: *yo prefiero los tiranos de mi país a los libertadores extranjeros*. El corazón, el infortunio, la experiencia de la vida, me sugieren esta máxima, que yo he combatido en días de ilusiones y errores juveniles [XVI, 43-44].

La del retorno es una tentación que Alberdi ha de haber sentido más de una vez, y si es del todo excepcional verla aflorar en sus reflexiones es sin duda porque no logra convencerse del todo de que, dados los usos políticos impuestos por el rosismo, ese retorno no le impondría condiciones infinitamente más humillantes que la aceptación del carácter definitivo de la derrota sufrida. Hay en cambio otra tentación que Alberdi se esfuerza menos por reprimir: es la de “la neutralidad, que es hoy toda mi pasión”, pero sólo para descubrir que, si le sería del todo imposible mantenerla en el Buenos Aires de Rosas, aun en las tierras ríoplatenses que escapan por el momento al influjo del dictador porteño esa neutralidad lo colocaría en una posición difícil de sobrellevar. Van a ser los azares de la difícil travesía por los mares australes los que lo obliguen a encarar urgentemente el dilema que le plantea un retorno a la ciudad que había abandonado a su destino el año anterior. En el *Benjamin Hort* ha partido con destino a Valparaíso, pero los vientos impiden obstinadamente a la nave seguir avanzando por el Atlántico sur para afrontar el temible Cabo de Hornos, y el capitán decide que si la situación se mantiene deberá poner proa a Montevideo. Alberdi comienza por celebrarlo; en las primeras notaciones de viaje la idea de que en pocos días habría de bordear “la costa querida donde quedan el Río de la Plata, Buenos Aires, Montevideo, la patria en fin!” le hacía exclamar “yo amo al Río de la Plata con todo lo que él encierra. Nada, nada fuera del *Río de la Plata*” [XVI, 32]; no ha de sorprender entonces que cuando el capitán le haga preguntar si está dispuesto a ir a Inglaterra en lugar de Valparaíso, responda que a Inglaterra no, pero “a Montevideo, sí, iría con más gusto que a Valparaíso” [XVI, 45].

Pero al día siguiente, cuando el piloto le informa que, si el viento se mantiene, en dos días estarán en Montevideo,

[...] se me descubre el desagradable reverso de este cuadro que, de lejos, me parecía tan bello. Será preciso hacerme militar o empleado, porque la neutralidad, que hoy es toda mi pasión, no será permitida. Las reconvenciones, las malas miradas, las invectivas, que me serán



dirigidas por tantos diablos de los que campean en momentos como los presentes. La escasez y miseria, la falta de trabajo, tanta cosa desagradable que se me ofrece a la imaginación, cuando pienso en la vida que actualmente se hace en ese país.

Abrumado por el dilema que así se le plantea, lo consuela pensar que esta vez la decisión no depende de él, y concluye dejándola literalmente en manos de Dios “que hasta hoy me ha sido propicio más bien que adverso” [XVI, 48-49].

Dios vuelve a serle propicio; el viento cambia y, tras de una peligrosa navegación en torno del Cabo de Hornos, Alberdi llegará a Valparaíso, pero ahora la seguridad de que ha de alcanzar la meta de su travesía vuelve a hundirlo en la desesperanza: “Empecé bien triste este diario, en vísperas de salir de París, y lo acabo más triste aún, en vísperas de llegar a Chile. Yo no espero sino desdicha de este país. Un viaje tan desgraciado no puede ser presagio de fortuna” [XVI, 89]. Y no es sólo el recuerdo de las incomodidades y los peligros del viaje el que inspira ese humor sombrío; ya antes de abandonar Europa temía que en Chile le tocaría afrontar obstáculos quizá tan graves como los que le hubieran esperado en Montevideo: “Tendré que practicar, dos años de derecho allí para ser abogado; y después de esto, que buscar clientes, que hacerme carrera, etc. —Con qué viviré en los primeros meses? Volveré a ser periodista? Perspectiva horrible” [XV, 893].

Aunque, como se ha indicado más arriba, y era por otra parte esperable, la narración que Alberdi hace de su vida mientras la va viviendo, tal como se despliega en sus diarios, concede amplio espacio a las vacilaciones, a los titubeos que la visión retrospectiva recogida en *Mi vida privada* ha logrado borrar de su memoria, sería peligroso concluir a partir de ello que ofrezca una imagen más pasivamente fiel de esa experiencia que la que Alberdi dibujará cuando ya conozca casi todo lo que le resta por vivir de su historia. Y ello no tan sólo porque esa pasiva fidelidad no puede nunca alcanzarse del todo, sino más aun porque Alberdi ha logrado problematizar hasta tal punto su relación consigo mismo y con sus experiencias que el relato que hace de ellas se asemeja al de la exploración de un territorio desconocido, frente al cual el recurso a la estilización a partir de modelos inspirados en narrativas literarias puede ser, más bien que la adopción de un deformador modelo retórico, la búsqueda de una clave que le permita entenderse mejor a sí mismo.

Así en cuanto a sus cambiantes humores, que subraya con una cierta autocomplacencia. En la travesía a Valparaíso, el 9 de febrero, lo pone al borde de las lágrimas el recuerdo de que ha preferido viajar en un buque comandado por un capitán sin experiencia previa en la peligrosa ruta del Cabo de Hornos y con compañeros de viaje con los que no comparte el dominio de ninguna lengua, a hacerlo en un buque y con un capitán más dignos de confianza; pero en compañía de algunos que han sido ya sus “pésimos vecinos de Montevideo”; por fortuna su “pesar hizo crisis en ese instante” y pronto “ideas risueñas [le] vinieron al ánimo” [XVI, 34]. Pero al día siguiente “en un acceso repentino de melancolía, poco [le] faltó para llover a gritos” [XVI, 36]. Unos días más [tarde], cuando lo tiene en vilo la duda acerca de si su viaje terminará en Montevideo o en Chile, proclama en un muy poco convincente tono compungido que es ésa una nueva prueba de que le ha sido concedido un destino a su medida: “nunca tendré la conducta de un hombre de juicio. El romance me sigue por todas partes” [XVI, 46]. Y todavía unos días después anota con no menos satisfacción: “Anoche pensaba en París, en Italia, y hacía nuevos proyectos de viaje. Yo he de ser loco toda mi vida: soy un verdadero Mad. Mendeville” [XVI, 60].

Pero quien concluyera que las reacciones de Alberdi no alcanzan a hacer de él el interesante excéntrico que esas anotaciones nos invitan a admirar, descubriría de inmediato que el mismo Alberdi ha llenado su texto de pistas que lo sugieren: así, hace notar reiteradamente y con no menos complacencia que ninguna de esas devastadoras tormentas interiores ha afectado su apetito. No significa ello que éste no haya conocido altibajos, a los que Alberdi concede atención aun más constante que a los de su ánimo, hasta tal punto que sus anotaciones terminan ofreciendo más afinidad con las que se esperaría surgidas de la pluma del *malade imaginaire* que con las confesiones de un hijo del siglo.

La atención hipocondríaca que presta a las reacciones de su estómago frente a las vicisitudes de la errática comida de a bordo ofrece sólo una dimensión de una constante atención a sí mismo que se concentra con igual intensidad en su modo de relacionarse con sus compañeros de viaje; y en los comentarios que éste le inspira vemos aflorar dos rasgos que –me parece– ofrecen claves para entender a Alberdi válidas más allá de esa experiencia-límite que era una travesía oceánica a mediados del siglo XIX. Uno de ellos es la conciencia constante de su propia superioridad respecto de esos compañeros; el otro la más dolorosa de su incapacidad de hacerla valer, porque su limitadísimo dominio de cualquier lengua que no sea la suya nativa le hace difícil comunicarse con la fluidez necesaria para persuadir a esos compañeros de que su pretensión de ver reconocida esa superioridad tiene fundamentos válidos. En la *Jeune Pauline* no tiene todavía motivo de queja en cuanto al pasaje: “Yo hago una vida excéntrica a bordo. Mi pretexto es la no posesión del idioma que hablan todos los pasajeros, extraños al español, excepto uno, que lo posee a medias. Es gente de negocios toda: bulliciosa, alegre, frívola, activa como niños. Sin embargo, todos me miran con distinción” [XV, 905]. Pero sí tiene quejas del capitán:

[...] no le soy muy agradable, es justamente porque yo no me humillo a él. Y nada hago para que él crea otra cosa. Es insufrible la preponderancia que estos capitanes pobres diablos quieren darse hacia los pasajeros, que componen una escolta en su honor, a tanto precio. La culpa la tienen los que llevan su servilidad hasta adular y humillarse ante el mismo hombre, a quien le dan su plata. [...] Los franceses son instintivamente amables con el poder” [XV, 928].

En el *Benjamin Holt* no necesita tributar al capitán la deferencia que había sido obligada en la *Jeune Pauline*; mientras en el anterior tramo de su viaje a él le tocaba dar los buenos días al capitán, y la compañía de un pasaje numeroso lo hacía sentirse como “en un fastidioso restaurant”, en el que acaba de emprender es el capitán quien lo saluda por las mañanas y puede por otra parte disfrutar “la soledad de un castillo feudal” [XVI, 36-37], ya que el barco lleva sólo otro pasajero, un suizo alemán que habla francés y portugués, con quien espera intercambiar consuelos cuando los embargue la tristeza [XVI, 32]. Pero pronto debe concluir que las únicas virtudes de su compañero son haber traído consigo un ejemplar de “*Consuelo*, de M<sup>a</sup> Sand” y no hablar español. En cuanto a lo primero, Alberdi se ha apresurado a apoderarse de los tres volúmenes de ese “libro ameno, hecho con talento”, y el 18 de febrero va ya por el último (“hasta aquí todo versa sobre el viejo capítulo de las intrigas de amor, en *Venecia*”); en cuanto a lo segundo, la ignorancia del español que aqueja a su compañero no le ha conferido toda la protección que esperaba contra las importunidades de ese “bobote” (“Ayer le dije que me tradujese al francés un trozo de un papel alemán que le hacía parecer de risa. Esta imprudente demanda casi me hizo parecer de sueño y de fastidio. Una hora justa echó en

traducir una columna”). Más no puede esperar de quien no es más que “un triste muchacho de un oscuro cantón de Suiza” [XVI, 40] que aunque haya aprendido a preparar y tener listo el mate que Alberdi tomará al despertar no resulta por eso menos insufrible [XVI, 45]. Finalmente, la relación entra en crisis terminal cuando, pasando todos los límites de lo tolerable, ese “pobre diablo a quien yo honraba con un tono familiar, me ha dicho en mis propias barbas *que yo le importunaba con mi conversación*, cuando le hacía la confidencia de una queja contra una torpeza del capitán. [...] Al suizo le pesará esto alguna vez. [...] Por lo demás, no me conoce absolutamente”.

Pero el ingrato episodio contiene una lección que Alberdi está dispuesto a atesorar; en él ha sufrido un “justo castigo por mi adhesión al extranjero, con despego, muchas veces, de los míos. Tenemos la mala habitud de prodigar nuestra franqueza a estos plebeyos oscuros, acostumbrados a verse despreciados siempre y por ello ingratos con quien los eleva” [XVI, 85-86]. Ahora bien, un joven que, aunque nacido en el rústico cantón de Sankt Gall, contaba con medios suficientes para navegar los mares australes, había adquirido –como Alberdi debe reconocer– un excelente dominio del francés, y estaba lo bastante al corriente del movimiento literario para elegir *Consuelo* como lectura de viaje quizá hubiera encontrado difícil percibir el abismo que separaba su posición en la sociedad de la de su compañero de navegación, y las obligaciones que esa distancia le imponía al tratar con éste.

Pero si Alberdi creía firmemente en la presencia de ese abismo, percibía también con dolorosa claridad que ella tendía cada vez más a ser ignorada desde su entorno, exponiéndolo a ofensas que sólo podría evitar esquivando las ocasiones de recibirlas, aun al precio de un aislamiento creciente. Esa actitud constantemente defensiva, propia de quien sabe de antemano que la superioridad de la que está investido no es necesariamente reconocida por sus interlocutores, no sólo vino a limitar aun más esas “disposiciones de sociabilidad” que en carta del 21 de octubre de 1852 a Luis José de la Peña confesaba haber tenido siempre “en escaso número” [XVI, 297], sino tuvo aun más amplios efectos inhibitorios, entre ellos el de agravar su timidez para abordar el uso de lenguas extranjeras (aun la francesa, con la cual no hubiera podido estar más familiarizado, ya que era la de casi todas sus lecturas),<sup>19</sup> y era rasgo excepcional entre sus coetáneos, desde Juan Manuel de Rosas, quien en su destierro recurría con inagotable volubilidad a un inglés harto rudimentario, pero suficiente para desempeñar sin dificultades mayores su nuevo papel de *gentleman-farmer* en el condado de Hampshire, hasta Sarmiento, que nunca dudó de su capacidad de dialogar de los temas más variados con Emerson y Thiers, y a quien bastó poner los pies en Italia para descubrir que dominaba ya el italiano. Esa timidez, nacida de percibir la situación de inferioridad en que lo colocaba su falta de destreza en el manejo del idioma extranjero, no era sino uno de los modos de manifestarse ésa que Alberdi llamaba su “altivez”, que lo llevaba por otra parte a comentar, cuando debió vestir por primera vez su uniforme de diplomático, que se había sentido humillado, más que enaltecido con ello [XVI, 460].

Pero la “altivez” ofrecía una protección demasiado precaria contra las consecuencias de la distancia que –como Alberdi advertía demasiado bien– separaba su propia noción del lugar que por derecho le correspondía en la sociedad y el que ésta estaba inclinada a reconocerle; y

<sup>19</sup> Así, con motivo de la ceremonia de presentación de credenciales a Napoleón III, el 16 de diciembre de 1855, anotaba: “he llegado a él sin miedo, aunque embromado por la etiqueta y la falta del idioma” [XVI, 460-461].

es comprensible que apenas su carrera de abogado comenzó a tomar rumbo ascendente buscara refugio más eficaz abroquelándose tras de la figura de un príncipe del foro que parecía abrirse a sus posibilidades. En las cuatro páginas finales de la sección de sus diarios titulada “En Chile” resume los avances en verdad notables que en seis años realiza en esa dirección, desde que comienza instalándose en Santiago como redactor de la *Gaceta de los Tribunales*, cargo en el que permanece diez meses, a razón de ocho onzas mensuales, y al margen de ello escribe varios manuales para uso de abogados y funcionarios, una biografía oficiosa del presidente Bulnes, por encargo del ministro Montt, y todavía un Cuadro Sinóptico del derecho comercial (“en cuatro días y lo vendí en cuatro onzas” [XVI, 115]). Pronto entra a actuar profesionalmente tanto en Santiago como en Valparaíso, participa en varias *causes célèbres*, con alegatos que luego publica (el más sonado, en defensa de un padre que asesina al amante de su hija, es, según él mismo, “una página de George Sand, ocurrida en Chile”,<sup>20</sup> y como tal lo trabaja; la irrupción de la musa romántica en los tribunales chilenos despierta reservas aun en el liberal y romántico José Victorino Lastarria, pero contribuye a hacer popular el nombre de Alberdi).

Su celebridad naciente favorece su éxito económico; en septiembre de 1847 entra en sociedad para abrir una imprenta que a partir de noviembre publicará bajo su dirección el diario *El Comercio de Valparaíso*, para el cual ha ya gestionado con éxito “suscripción del gobierno”. Abandona la sociedad en junio de 1849, vendiendo su parte por cuatro mil pesos y tomando la defensa del diario en un juicio de imprenta por otros cuatro mil; de su alegato en ese juicio se hicieron “cinco ediciones en ocho días, pues todos los diarios la repitieron” [XVI, 118].

Pronto vemos a Alberdi intervenir en asuntos que afectan intereses económicos cada vez más considerables, a los que defiende y representa ante la administración pública, primero “ocupado por Mr. Wheelwright, en Santiago, sobre los vapores y caminos de hierro”, luego arreglando “con el Cabildo el asunto de la provisión de agua de Valparaíso”, y comisionado por el mismo Cabildo “para optar al despacho, cerca del ministerio, del asunto de la renovación del privilegio de la Compañía [dirigida por Wheelwright], del ferrocarril y de la provisión de agua”; en esta última ocasión escribe además “17 cartas sobre la cuestión de vapores, en apoyo de la renovación, las que aparecieron en el *Progreso*”. A fines de 1849, sus crecientes éxitos le permiten comprar “una casa-quinta con el producto de [su] trabajo de abogado”, en el Estero de Valparaíso, y allí establece su residencia un año más tarde; en ella escribe las dos primeras ediciones de las *Bases* y el proyecto de constitución anexo a la segunda [XVI, 118-119].

Ya en ese momento Alberdi ha logrado realizar un prometedor primer avance en una carrera que comienza a perfilarse como la de uno de esos abogados de negocios, para quienes el tribunal ha dejado de ser el único teatro de sus actividades profesionales, que iban a florecer en la etapa de incorporación más íntima de los países latinoamericanos a la economía atlántica entonces en sus más tempranos comienzos. Pero no ha de continuar ese avance: en febrero de 1852 la caída del régimen rosista introduce un nuevo y decisivo giro en su trayectoria, que lo separa más rápida y completamente de lo que hubiera deseado de la práctica de la abogacía. Ello no impide que al asumir en la vida pública argentina el papel para el cual su memoria le dice que había sido “designado por sus colegas desde su más joven edad” al encomendarle éstos “estudiar la fórmula” capaz de “constituir un gobierno nacional y patrio” [XV, 244-245] se incorpore a ella bajo la figura del opulento príncipe del foro que hubiera po-

<sup>20</sup> Jorge M. Meyer, *Alberdi*, cit., p. 329.

dido llegar a ser si no hubiera interrumpido en ese momento el ejercicio cada vez más exitoso de su profesión de abogado.

Como Sarmiento percibe muy bien, es la identificación de Alberdi con esa figura de sí mismo la que a sus ojos lo autoriza a dejar de lado la silenciosa altivez con que en el pasado se había defendido del riesgo de ser estimado en menos que su verdadero valer, en favor de la altanería propia de quien por el contrario apenas necesita reivindicar explícitamente una superioridad que ya es por todos reconocida, y que se refleja en el sistemático desdén con que lo fulmina desde las primeras líneas de las *Cartas quillotanas*, en que declara que, si no fuese que su contrincante le ha dedicado la *Campaña en el Ejército Grande*, “probable es que yo no hubiese leído ese escrito, por escasez de tiempo para lecturas retrospectivas de ese género, ni me hubiera ocupado de contestarlo”.<sup>21</sup> En su respuesta, Sarmiento prefiere una táctica menos oblicua, pero –si las alegaciones en que se apoya para marcar la distancia que separa a Alberdi del personaje que ha decidido encarnar son a menudo veraces– lo que falta en *Las ciento y una* es la capacidad de trazar a partir de ellas el retrato de un personaje reconocible y creíble. Falta desde luego porque esta vez Sarmiento, que habitualmente aun frente a aquello de lo que abomina quiere a la vez entenderlo (es lo que en el fondo le reprocha Alberdi cuando lo acusa de haberse constituido en el “Plutarco de los bandidos”), quiere simplemente destruir a su contrincante.

Es ésa sin duda la razón por la cual frente a Alberdi su habitual penetración sólo aflora en breves chispazos que no logran desviar de su rumbo el torrente de injurias de *Las ciento y una*. Hay uno en particular en que se acercó a individualizar el que es a la vez enigma y clave para entender a Alberdi, sólo para pasar de largo frente a él. Ha dicho ya que en Chile el admirativo autorretrato que no se cansa de trazar Alberdi puede quizá resultar convincente, pero sería recibido con burla en Buenos Aires, donde todos recuerdan al severo juriconsulto como afinador de pianos, compositor de minués y redactor de un periódico de modas femeninas. Pero –se apresura aquí a agregar– esa reacción divertida no sería totalmente justa:

Ignoran, acaso, que un hombre maduro, con paciencia, capacidad y “necesidad”, madre de la “ciencia”, sobre todo, Alberdi, puede, como lo ha hecho usted, completar sus estudios viajando, recibirse abogado en Chile también entre jueces competentes en la materia y con buena dosis de indulgencia; y con una práctica asidua y laboriosa, con excelentes libros franceses, por no serle familiar el latín, que descuidó de niño, labrarse una situación honrada, una reputación merecida y atesorar, en cuanto su capacidad lo permita, caudal de ciencia real y pesetas pocas, pero muy bien sonadas.<sup>22</sup>

Sin duda, aun cuando trata de hacer justicia a Alberdi, Sarmiento limita cuidadosamente el reconocimiento de cualquier mérito en su contrincante (si la competencia profesional de quienes en Chile le abrieron la práctica de la abogacía es indiscutible, acaso su claridad de juicio haya sido velada por la indulgencia; si Alberdi ha bebido su cultura jurídica en “excelentes libros franceses” es porque su ignorancia del latín le ha impedido acceder directamente a las fuentes romanas del derecho). Pero aun así, Sarmiento percibe aquí con admirable claridad el problema central que plantea la imagen que Alberdi propone de sí mismo, cuando subraya con

<sup>21</sup> Juan Bautista Alberdi, *Obras escogidas*, cit., t. VIII, p. 4.

<sup>22</sup> Domingo F. Sarmiento, *Las ciento y una*, Buenos Aires, Claridad, s.f., pp. 43-44.

razón que en su actividad profesional Alberdi ha logrado atesorar “pesetas pocas, pero muy bien sonadas”, desmintiendo así sin proponérselo su previa acusación de desmedida codicia, ya que muestra a un Alberdi menos interesado en hacerse rico que en ser tenido por tal.

La opulencia, que se ha transformado en un rasgo necesario del personaje que Alberdi está decidido a encarnar, está implícitamente presente también en la respuesta que el 21 de octubre de 1852 dirige a Urquiza con motivo de su propuesta designación como diplomático. Lo primero que en ella llama la atención es la presencia de esa nueva imagen de sí mismo, que también en este caso hace innecesaria la altivez, y si no la reemplaza con la altanería que se cree con derecho a desplegar frente a Sarmiento, abre paso a algo muy cercano a la condescendencia. Pese a su disposición a “ser útil a la patria y a los grandes trabajos orgánicos de V.E.” —escribe Alberdi a Urquiza— no puede olvidar que, “establecido como abogado en Valparaíso, [lo] ligan a su clientela compromisos serios de que no podría desprender[se] honorablemente sino después de algunos meses”; por otra parte “el clima de Santiago es tan funesto para [su] salud, que es causa de que pudiendo abogar cómodamente y con mayor ventaja en sus Cortes superiores, [se] haya venido a esta provincia en busca de su temperamento adecuado a [su] salud, mala de ordinario”. Pero más que todo eso pesan “[sus] hábitos de retiro, la actitud aislada que [desea] conservar para no comprometer la sinceridad de [sus] ideas y de [sus] simpatías políticas”, que son las que en último término le hacen imposible aceptar “el honor tan noblemente ofrecido por V.E.” [XVI, 293-294].

Es posible percibir con mayor nitidez el dilema que aquí afronta Alberdi cuando lo trasladada a una clave menos grandiosa, tal como lo hace en la carta que en esa misma fecha envía a Luis José de la Peña, ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación. Allí hace claro que una de las razones que lo llevan a declinar la designación es que ella “importaría un cambio de carrera para mí”, y define con mayor precisión la propuesta alternativa que estaría en cambio dispuesto a aceptar, a saber, la de “una comisión *ad hoc*” que lo ocuparía por sólo algunos meses en “obtener tratados sobre los muchos y graves intereses por los que se relacionan los dos países [...] después de lo cual [se] volvería a [su] estudio” [XVI, 297]. Como se advierte, en el momento mismo en que aborda la empresa de las *Bases*, que promete hacer de él el Licurgo argentino, Alberdi vacila aún entre retomar plenamente el papel grandioso para el cual había sido “designado por sus colegas desde su más joven edad”, volcándose de lleno en la experiencia que se abre más allá de los Andes, de la que se ha constituido ya en el demiurgo en cuanto autor de la fórmula institucional que hará de la Argentina una nación no sólo en el nombre, o por el contrario continuar en el foro chileno una carrera que encierra promesas más modestas pero más sólidas.

Resuelve esa vacilación optando en los hechos por la primera alternativa sin por ello abandonar la esperanza de que le será ahorrada la necesidad de escoger entre ambas: todavía en diciembre de 1856, después de más de dos años de gestión diplomática en Europa, el tenor de una alusión a su etapa chilena revela que no la considera irrevocablemente cerrada.<sup>23</sup> Pero en la imagen de sí mismo que proyecta Alberdi el vínculo con esa etapa profesional aparece cada vez más relegado a un segundo plano; lo que sobre todo la mantiene viva en el re-

<sup>23</sup> “Desde el 10 de julio de 1854, en que acepté el cargo de diplomático que me traje a Europa, se me deben sueldos por la ley. Desde ese día paralicé en cierto modo mis trabajos como abogado en Chile”, pasaje de “Instrucciones confidenciales, según las cuales se expedirá en mi nombre el señor D. C. M. Lamarca”, en Ramón J. Cárcano, *Urquiza y Alberdi. Intimidaciones de una política*, Buenos Aires, La Facultad, 1938, pp. 141 y ss., la cita es de p. 144.

cuerto es que le ha asegurado un pasar independiente, gracias al cual puede funcionar en sociedad con el decoro esperable de quien ha ganado en ella una posición tan expectable como lo es ya la suya. Es ese legado de su etapa chilena el que, según está seguro, lo pone al cubierto de cualquier duda acerca de las motivaciones que lo llevaron a dar su apoyo a determinadas causas políticas: puesto que no necesita derivar de él ventajas materiales, sólo puede ser el fruto de una convicción sincera.

Resulta más fácil percibir la vinculación entre el goce de ese pasar independiente y la actitud más aplomada, menos insegura, que despliega ahora Alberdi, porque a menudo se ve obligado a desplegarla en sus comunicaciones con el gobierno de Paraná, que tras de enviarlo a Europa se despreocupa de cumplir los compromisos financieros que con él ha asumido. Frente a ese gobierno asume el tono de un acreedor dispuesto a explorar los más extremos límites hasta los que lo autoriza a avanzar la cortesía:

Se me ha premiado reimprimiendo oficiosamente los libros de mi *propiedad literaria* –escribe en sus instrucciones a su *attaché*, el joven Carlos María Lamarca, que debe actuar en su nombre en Paraná–. Reconozco y agradezco el honor de la intervención.

Pero hasta he pagado esa impresión, bajo la seguridad que recibí del señor Ministro Dr. Derqui de una libranza que se dijo haberse girado. Yo no la he recibido.

Ese desembolso me deja en posición crítica; o mejor dicho, deja a la *Legación argentina* en Europa, en el mayor compromiso.

Desde luego, en situaciones normales no tendría dificultades en afrontar él mismo ese compromiso, pero “aquí no hay espera: *yo estoy a tres mil leguas de mis relaciones y de mis recursos*”.<sup>24</sup> Y mientras tanto, representar a un gobierno que no vacila en invocar su insolvencia como excusa para ignorar sus obligaciones lo obliga a vivir a salto de mata, cambiando con demasiada frecuencia de domicilio, con grave daño para el prestigio del país al que representa, ya que “en Europa se juzga del gobierno y de la capacidad de un país extranjero, por el modo como se ve vivir y traerse a sus ministros diplomáticos”.<sup>25</sup>

A más de inspirarle una seguridad nueva para afrontar el trato social, a pesar de saberse dotado de escasas “disposiciones de sociabilidad”, tal como confiesa a Luis José de la Peña en la carta citada más arriba, la conciencia de gozar de una posición económica que juzga sólida contribuye a devolverle la que en su juventud le había dado fuerzas para llevar adelante la obstinada campaña que terminó por persuadir a la emigración argentina a entrar en alianza con la intervención francesa que primero había denunciado, y que hacia 1844 “el corazón, el infortunio, la experiencia de la vida” habían debilitado considerablemente. Pero en esa reconquista de la seguridad perdida influye quizá en mayor medida que la causa que ahora apoya Alberdi se esté revelando más capaz de capear tormentas y superar adversidades que los efímeros movimientos antirrosistas en los que antes había depositado esperanzas demasiado pronto disipadas.

Sin duda esa confianza en sí mismo, que ya no le inspira la juvenil y turbulenta impaciencia con que en sus cartas de 1840 conminaba al general Lavalle a poner de inmediato en ejecución los planes de batalla que en ellas le trazaba, y es más bien la del pensador maduro

<sup>24</sup> “Instrucciones confidenciales”, cit., pp. 144-145.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 153.

que, creyendo haber realizado la ambición de Platón, entabla un diálogo entre iguales con el soberano que, según confía, ha de hacerse ejecutor de sus ideas, se funda ante todo en la conciencia de que sus *Bases* son en efecto las bases sobre las cuales se está edificando la nación. Pero aun así es importante para Alberdi que su fortuna, aunque incomparablemente más modesta que la del general Urquiza, no sólo le permita entablar con éste un auténtico diálogo de iguales, sino lo constituya en miembro de pleno derecho de esa élite económica y social que, tal como argumenta en esas mismas *Bases*, es la única que tiene la posibilidad de guiar a la Argentina en su camino hacia la consolidación del Estado nacional.

Cuando Alberdi aparta su mirada de las experiencias cotidianas que le recuerdan qué limitadas son sus “disposiciones de sociabilidad” para reivindicar su asumido papel de opulento príncipe del foro desde una perspectiva propiamente política, se hace evidente que para invocar su condición de tal como una de las razones que le aseguran peso y autoridad en la vida pública argentina se apoya en la visión del lazo entre sociedad y política que subtiende los argumentos de las *Bases*. El desenlace de Pavón, en que la “monarquía con máscara republicana” –que había esperado ver surgir con el apoyo unánime de una élite socioeconómica dispuesta a explorar y utilizar en su provecho las oportunidades nuevas abiertas para ella por un mundo en febril transformación– ha sido derrotada por “una democracia que no gusta de ser contradicha” impone una última metamorfosis a la autoimagen de Alberdi: en adelante pasará a encarnar la figura del profeta que no puede serlo en su tierra, figura patética a la que conviene la pobreza más bien que la holgura adecuada al integrante de la élite del poder que había ambicionado encarnar entre 1852 y 1861.

Vuelve ahora a primer plano la tensión entre la exaltada imagen que Alberdi tiene de sí mismo y la que sus contemporáneos le reconocen, que ofrece en verdad el motivo central a los fragmentos a los que ha puesto por título su propio nombre. Leemos en ellos que “la prensa actual de Buenos Aires” osa presentarlo como el antiguo Consejero de la Confederación, cuando es mucho más que eso: “para todo Sud-América no se aconseja sino en sus escritos, –conocéis consejo alguno, sea que emane de Laboulaye, de Fabre, de Simon, del más amigo de América de los liberales de ambos mundos, que no esté de antemano en los libros de Alberdi? La Constitución que rige a quienes así hablan, de quién es?” [XV, 250]. Eso torna demasiado “absurdo y ridículo” el reproche de traición a la patria para que se rebaje a contestarlo: “es como llamar herejes a San Mateo y San Lucas” [XV, 255]. Ese reproche es sin embargo el premio que recibe quien “pudiendo ser rico, teniendo reputación, abierto y accesible el camino de los empleos lucrativos, –ha preferido la pobreza, la oscuridad de la vida en el extranjero, antes que callar lo que ha creído ser la verdad útil para su país”.

Pero la hora de su plena rehabilitación ha de llegar, aunque quizá no vivirá para verla:

Cuando el cinismo de los que compran su lujo y su brillo con sus escritos adúlones y venales se haya cansado de poner a toda una nación a los pies de la localidad rica que les compra el alma, la voz y la conciencia, –lo cual sucederá el día de la redención nacional, –los escritos de Alberdi serán cubiertos del respeto que merece la palabra alta, sana, varonil que interesa al mayor número, en que reside la nación, aunque arruine a su autor generoso [XV, 252-53].

Esa amarga profecía resuelve finalmente el dilema que ha acompañado la entera trayectoria de Alberdi, pero sólo lo logra al precio de proyectar esa solución hacia un mítico futuro que deberá abrir un igualmente mítico “día de la redención nacional”. Esa profecía nacida de la



desesperación ha venido a su manera a cumplirse; el mismo Alberdi que en el ocaso de su vida fue finalmente reconocido como el secreto legislador del orden roquista, y cuya visión del itinerario que debía seguir –y finalmente estaba siguiendo– la Argentina había terminado por conquistar aun a su más tenaz enemigo,<sup>26</sup> iba a tener una segunda carrera póstuma como autor maldito, cuyos desolados soliloquios tienen asegurada una vasta audiencia en un país que desespera de ver alguna vez cumplidas las promesas que Alberdi había formulado en sus *Bases*. □

<sup>26</sup> La América del Sur, proclamaba en 1886 el general Mitre, “está en la república posible, en marcha hacia la república verdadera” (Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, Buenos Aires, Anaconda, 1950 [1886], p. 53).